

El agua y el arte

Fernando Chueca Goitia

Arbor CLXIV, 646 (Octubre 1999), 285-297 pp.

En el artículo el Agua y el Arte, se analiza la importancia que tiene el agua en el mundo del arte, a través de los jardines y sus muchas variedades.

El autor se refiere luego, a los diversos aspectos que tienen el jardín francés, el jardín inglés, y el jardín español, de acuerdo con su geografía, pluviometría y cultura propias.

El jardín español de abolengo musulmán, es el jardín de los países secos que atesoran el agua como bien precioso, porque no lo regala la naturaleza y es necesario transportarlo y encerrarlo en el cofre de una arquitectura sugerente.

Por eso el jardín español, es un jardín recoleto y misterioso, enclaustrado y secreto, sin lejanías ni perspectivas.

Se extiende luego el autor en los jardines de la Alhambra granadina, sin olvidar otros principalmente andaluces. Jardines de los claustros manacales, del Escorial y de los Sitios reales, también interesan, en suma al articulista.

El agua y el arte

En un país sediento y de pluviometría escasa como España, el agua es un bien precioso y de incalculable valor, tanto para usos agrícolas como industriales y por supuesto para aquellos más deleitables como son los de amenizar jardines y parques.

Bajo este último aspecto es cuando el agua comienza a participar en el vasto mundo del arte. ¿Es, por lo tanto el agua vehículo de emociones artísticas? Si que lo es y en grado sumo, como lo acreditan

los jardines, las fuentes más o menos monumentales y muchos elementos del paisaje urbano que, gracias al agua, hacen que la ciudad sea un medio menos árido y seco.

Pero, antes de entrar en materia esbochemos una teoría del jardín y sus diversas expresiones artísticas.

Empecemos por decir que históricamente existen principalmente tres modalidades de Jardín: el jardín francés, geométrico y cartesiano, de grandes perspectivas y enormes extensiones abarcables con un solo golpe de vista. Es el jardín de Le Notre y todos sus seguidores.

Existe también el llamado jardín inglés, naturalista y paisajista. El jardín que encantaba a los románticos con sus suaves y verdes praderas, con sus pintorescas masas arbóreas, regadas por riachuelos artificiales y sus melancólicos lagos de aguas quietas que besaban lacrimógenos sauces. Es el jardín de las regiones lluviosas que el agua del cielo produce y que sin su concurso es muy difícil de mantener.

Por último el jardín español, de abolengo musulmán, y que es el jardín de los países secos que atesoran el agua como bien precioso, porque no lo regala la naturaleza y es necesario extraerlo, transportarlo y encerrarlo en el cofre de una arquitectura sugerente.

Por eso el jardín español, es un jardín recoleto y misterioso, enclaustrado y secreto, sin lejanías ni perspectivas, antes bien cerrado, como alcobas de ensueño o para que la pereza se decante en meditaciones enervantes.

Empezaremos por dirigirnos a la Alhambra de Granada donde se encuentra el secreto del jardín español. El agua en la Alhambra se acoge siempre a patios, está, por decirlo así, enclaustrada. Veamos los diversos casos. En el Patio de los Arrayanes, llamado también de la Alberca, porque su suelo lo ocupa mayormente un gran estanque o alberca, encontramos el mayor homenaje que puede hacerse al agua en un fabuloso palacio. Todo el suelo del patio mayor está ocupado por el agua y unos lineales setos de arrayán, que solo dejan circular a las gentes por pasillos estrechos. Todo es para el agua, reflejo rutilante del día, ópalo de la noche tenebrosa, tachonada de estrellas.

Allí está la Torre de Comares, salón transfigurado bajo otro cielo leñoso, donde el sultán recibe embajadas y súbditos proclamando poder y hegemonía. Pero antes de que a él puedan llegar, les extiende protocolaria alfombra que no está tejida con hebras de oro, sedas de oriente o lanas de Arabia, sino con aguas limpias de la sierra. ¡Que mayor homenaje!

Pasemos a otro patio, al llamado de los Leones, por los que figuran en su fuente y que yo llamaría el patio del amor plurivalente, por

el sonoro acuerdo de sus columnas múltiples, que son como doncellas púberes de un harén virginal.

Aquí no es una alberca, es una fuente la protagonista y la que lanza el agua que de un generoso surtidor, cae de taza en taza hasta los lomos de los leones para terminar en un surco de canalillos que recorren el patio y rebrotan en pequeños surtidores dentro de temples y estancias como la Sala de los Abecerrajes o la de Dos Hermanas. Aquí el agua en lugar de ser mansa superficie rectangular, es fluido disperso en venillas azules que recorren el cuerpo arquitectónico, como las arterias venosas recorren el cuerpo humano. Pero siempre el agua vivificante y omnipresente.

Si de la Alhambra subimos al Generalife nos daremos cuenta, como dice Rafael Manzano, que el Generalife es, sin duda, el ejemplo más paradigmático del uso y presentación del agua en la casa y en el huerto de la alta Andalucía.

Es la acequia la que anima el jardín del Generalife y que con sus mil rumores y susurros, alcanza su más sublime expresión artística. Es ese «*agua oculta que llora...*» que cantó Antonio Machado de esta mágica ciudad del agua.

En efecto del Generalife se circunscribe a un gran patio alargado, que más que patio, es avenida de agua entre fresca vegetación y surtidores alineados. Ya no existe alberca ni fuente, sino acequia, curso de agua que camina transportando el líquido elemento de una parte a otra de aquellos vergeles y jardines. En lugar de ocultar la acequia o canalillo con su utilitaria función se deja visible y se le convierte en la vena líquida que organiza el jardín, suprema audacia que hace de la necesidad virtud en genial aprovechamiento.

De este modo el agua se manifiesta como brote o manantial cuando surge en el surtidor con sentido puntual, como alberca, cuando se remansa y sirve en forma generalmente rectangular y cuando transita en forma de acequia siguiendo un curso lineal.

Punto, superficie y línea podrían simbolizar geoméricamente estos tres estados y de ellos los jardines granadinos nos dan los mejores ejemplos.

Si el jardín granadino en tierras quebradas montaraces y agrestes representaba gran esfuerzo del arte por dominar a la naturaleza, el jardín sevillano, de tierra llana encuentra más fácil su discurso. Es, fundamentalmente, el jardín de los estanques o albercones que nutren el riego de sus frondas y vergeles.

Los jardines del Alcazar de Sevilla nos dan la pauta. El Almohade y gentil patio del Yeso, con el enaje en forma de «sebga» de sus arquerías,

es el cofre mirífico que encierra una gran alberca. También es almohade el gran patio del crucero, llamado así porque cuatro canales se cortan en forma de cruz dejando en su centro una fuente. Recientemente ha sido restaurado por el arquitecto Rafael Manzano Martos.

Las aguas de los jardines sevillanos llegaron mediante viejas conducciones que aprovecharon restos de acueductos romanos reconstruidos y así acudió el agua a los alcázares almohades y luego a los de tiempos posteriores para que de este modo el glorioso Alcazar que hoy contemplamos como vergel florido y umbroso jardín, encuadre diversas piezas de agua en generosos estanques como el de Mercurio o el de la Fuente del León.

Pero hay algo que sobremanera nos interesa, y es que formando los jardines del Alcazar un cuadro muy grande y llano donde habría podido concebirse un jardín unitario con ejes dilatados, algo que intento modernamente el jardinero francés Le Forestier siguiendo tradiciones de su país, se hizo todo lo contrario. Se organizó un jardín compartimentado, subdividido en pequeños jardines autónomos, separados por muros y con portadas propias, que hacen del gran jardín una suma de jardines pequeños como alcobas de verdura y reductos secretos.

Creado el típico jardín español por las razones obligadas de la topografía del riego y del sentimiento estético, cuando estas coacciones podían evitarse, prevaleció la costumbre y se mantuvieron las viejas ideas y la estética inveteradas. Y puede decirse que esto se mantuvo a lo largo de la historia del jardín español, salvo excepcionales rupturas de la norma en los jardines de algunos Sitios Reales.

La Edad Media no es prodiga en jardines, ni por ende el agua obtiene un tratamiento artístico como el que nos demuestra la antigüedad y como volverá a rebrotar iniciado el Renacimiento y siguiendo con altibajos de mayor o menor inspiración hasta nuestros días.

Pero en la Edad Media en la que el arte florece en Monasterios, Abadías y Catedrales, es más difícil que el jardín florezca y por ende el agua tratada como objeto artístico. Es indiscutible que la Edad Media se ocupa intensamente en el laboreo de las tierras, base de su economía agraria y en todo lo que concierne al agua como elemento indispensable para hacer fértiles los cultivos. Por eso encontramos tantas disposiciones sobre riegos, acequias, molinos y aceñas, disposiciones que aparecen en múltiples fueros medievales. Pero el agua al que tales disposiciones se refieren, no tiene nada que ver con el agua como factor coadyuvante a la emoción artística que es el objeto de nuestro modesto discurso.

En el único momento en que aparece al agua como ahora a nosotros nos interesa, es en los claustros medievales de Monasterios y Catedrales. Se trata, por lo tanto del jardín claustral, un jardín encerrado entre las arquerías de las praudas claustrales, por lo tanto un jardín cerrado para que los monjes del *ora et labora*, mediten, discutan y sueñen.

Los cistercienses abrieron esa senda con severos jardines de traza cuadrículada en los que suele existir un templete cuadrado u octogonal que cobija una fuente para lavatorio de los monjes y para otros usos de carácter sagrado, lustral o purificador. De los monasterios pasó el jardín claustral a las catedrales y un ejemplo espléndido es el de la Catedral de Barcelona con su fuente y estanque propios.

Los Jerónimos, orden muy favorecida por lo monarcas españoles, organizan el jardín claustral con mayor magnificencia y prosopopeya que los cirtecienses y trasladan el templete lustral al centro del claustro, mientras lo los hijos de San Bernardo lo colocaban unido a uno de sus lados, preferentemente al cercano al Refectorio. Son magníficos el templete mudejar del Monasterio de Guadalupe y el que diseño Juan de Herrera para el Monasterio de Escorial.

El mundo cambia con la llegada del Renacimiento, con la plena constitución de las más importantes nacionalidades europeas sobre cuyo entramado todavía vivimos. Va desapareciendo el universalismo del mundo medieval, se resquebraja el Sacro Imperio Romano Germánico, se rompe, tras dolorosas guerras de religión, la unidad de la iglesia y mientras tanto emergen robustos sistemas políticos, primero el español y luego el francés, que se repartirán el poderío durante los siglos XVI y XVII.

Sin embargo la primacía cultural corresponderá a Italia, aunque esta península mediterránea quede fragmentada en numerosos y pequeños estado aristocráticos, que luchan entre si, movidos por las ambiciones de la nobleza que se alían, según conviene a sus intereses, con las potencias extrajeras, para caer a la postre en sus garras.

En un clima de exaltación humanista, de culto a la belleza, de amor al lujo se vino a producir esa revolución cultural que hemos denominado con el nombre de Renacimiento. A España la cultura y el arte del renacimiento nos llegaron de Italia a través de humanistas, poetas y escriturarios. En el arte sobre todo a través de escultores, como Fancelli que labra sepulcros para las grandes familias nobiliarias, Sansovino o Carlone. Con ellos se forman artistas españoles como Bartolomé Ordoñez o Pedro de Machuca que en el Palacio de Carlos V en la Alhambra nos ofrece un clasicismo bien sazonado que resplandece en el Pilar de Carlos V, acaso la mejor fuente del Renacimiento español.

Pero en España durante el renacimiento no se lograron jardines como los italianos donde se obtiene un gran partido de los desniveles y las escalinatas, y por supuesto, de los juegos de agua, en todo lo cual nada supera a la Villa de Este en Tivoli.

Jardines como los de la Villa Bárbaro en Maser de Palladio los de Caprarola de Viñola o los de la Villa Julia de Roma del mismo autor, los de Boboli en Florencia, los de la Villa Aldobrandini o de la Villa Lante de Bagnaia, no tienen igual en España.

Si al cartesiano jardín francés de largas perspectivas, al pintoresco jardín inglés de verdes llanuras y al recoleto y cerrado jardín español de un clima seco, añadimos el jardín italiano, ¿cómo definiríamos a este? Yo lo llamaría el jardín teatral o de gran espectáculo. El jardín se presenta a la vista como una escenografía de los viejos tiempos, donde van a salir con sus voces sonoras tenores grandilocuentes. Y el agua en el jardín italiano, juega también su papel que no es, por cierto, secundario.

El agua en el jardín francés es geométrica, en el inglés llueve proclive, en el español canción muda que resbala en la piedra, en el italiano cantata en do mayor.

En Castilla un severo jardín de recia estirpe tiene en El Escorial su fundamento. Tanto y tanto como se ha hablado del monasterio filipense y nunca se ha hecho el debido elogio de sus jardines. Estos rodean al monumento por los lados de mediodía y de levante y en su interior tapizan el suelo del patio de los Evangelistas en torno al templete y a sus cuatro piezas de agua.

Son jardines monocromos de un verde denso y monacal debido al uso exclusivo de los setos de boj. Se dice que Felipe II no lo pensaba así, prefiriendo la policromía de las flores multicolores. Si el boj fue idea de los borbones, fue idea primera, pues en un cuadro de Miguel Ángel Houasse fechado en tiempo del primer borbón, ya aparece el jardín de los Frailes con los acostumbrados macizos de boj. Si fueron los jardineros borbónicos los que dieron con la solución que a todos tanto nos complace, puede decirse que acertaron de pleno. Pero el jardín de los Frailes con una o con otra vegetación estaba ya trazado. El jardín de los Frailes, es un tanto babilónico, pues está suspendido en el aire sobre una terraza.

Es un jardín compartimentado a la española, en cuadros separados por los pretilos de las escaleras que descienden al campo circundante. En cada cuadro una pequeña fuente.

Los jardines del lado de levante, son los jardines regios y estos sí que están separados por pequeños muretes que, por decirlo así, los privatizan. Uno es el jardín del rey, a mediodía, otro el de la reina

al norte y otro mayor a levante, para uso común de la familia o allegados. Este protocolo a base de boj y granito tiene su precedente en el jardín del Palacio Real de Aranjuez, donde en principio se dispuso de dos jardines cerrados a ambos lados del cuerpo principal del palacio, uno que subsiste (el del rey) y otro que desapareció (el de la reina) para preparar por allí el tránsito a los jardines de la Isla; los más interesantes de los jardines del Real Sitio de Aranjuez, por tratarse de un jardín completo del siglo XVII.

Empecemos por Aranjuez:
Alto Aranjuez... ¡áurea oficina
de aristocracias y esplendores!
sobre el silencio de tus flores
y tus alcáceres en ruina
soñaba... En la calma divina
de las fuentes y surtidores...
el ruiseñor de ruiseñores
libó azumbres de miel latina.

(Eduardo Marquina)

En la sedienta llanura que alivia el Tajo y no lejos de donde confluye el Jarama, la naturaleza creó un verdadero oasis de verdura y frescor con corpulentos árboles que crecían en gran número entre los generosos cursos de agua.

A las delicias del lugar no fueron insensibles los Caballeros de la Orden de Santiago y a partir del siglo XIV D. Lorenzo Suárez de Figueroa, gran Maestre de Santiago, eligió este emplazamiento para Mesa central, construyendo un pequeño palacio que pasó más tarde a la Corona, dada la disposición de los Reyes Católicos de fundir las órdenes militares en el solio de la realeza.

Pasada a la Corona el Maestrazgo de las órdenes militares, se dice que la reina, Doña Isabel la Católica, gustaba de pasar temporadas allí. No sabemos exactamente como sería el palacio de los maestros de Santiago, pero nos figuramos que no sería muy diferente de una gran casa de labor. El caso es que este modesto palacio fue en cierto modo destruido por un incendio y la reconstrucción fue ya obra de los monarcas españoles.

Aparte de intervenciones en la época de Carlos V, el verdadero creador del primer Palacio Real de Aranjuez, fue Felipe II, que no solamente realizó un edificio proyectado por Juan de Herrera sino que amplió los terrenos, compró tierras, completó los riegos, trazó calles y puentes y en fin, fue preparando las bases del famoso Real Sitio.

De lo que era el palacio de Felipe II proyectado por Juan de Herrera, nos da una idea un cuadro que conserva el Museo Arqueológico de Madrid. El núcleo del palacio era un cuadro en cuyo centro se abría un sencillo pero bien ordenado patio. Desde este cuadro, a un lado y otro, se prolongaban unas alas para dejar encerrados unos jardines privados como era frecuente en la época del Rey Prudente. Uno era el Jardín del Rey y otro el de la Reina, a ambos lados del cuadrilátero central. Las alas que prolongaban la fachada principal terminaban en unos cuerpos torreados, rematados por cúpulas que significaban por un lado la capilla de palacio y por otro un edificio similar para que hubiera correspondencia y simetría.

Una disposición parecida fue la que se utilizó luego en el Cuarto Real del Monasterio del Escorial, con sus dos jardines del Rey y de la Reina a ambos lados de la del cuerpo saliente que vulgarmente se conoce como mango de la parrilla.

El Palacio de Aranjuez, de ladrillo y piedra de Colmenar, es atractivo y la ordenación de sus fachadas recuerda un poco la fachada mediodía del Alcázar de Toledo, proyectada también por Herrera. Y al mismo tiempo que estas edificaciones iban surgiendo, crecían cada vez más los jardines, empezando por el llamado Jardín de la Isla, cuyo nombre viene de que está encerrado entre el curso del río Tajo y un canal artificial que saliendo del mismo, aproximadamente junto al palacio, confluye más adelante con el propio Tajo, dejando entre ambas corrientes una verdadera isla. Isla muy bella por sus jardines ordenados con cuadrículas y avenidas diversas y ornamentados con fuentes de muy elegante traza y animada escultura.

Fuentes como la de Hércules, la de las Harpías, la de Apolo, la del Niño de la Espina, la de Baco, etc. Acaso entre estas fuentes, todas admirables, la que en mayor medida cuenta con el agua que la rodea, sea la fuente de Hércules, que es la primera que nos encontramos al traspasar el puente que desde el palacio conduce al Jardín de la Isla. Es una fuente escultórica que domina una estatua de Hércules pero que está rodeada formando un ochavo, por unos estanques que giran en torno a la fuente principal, a la que puede pasarse por medio de puentecillos colocados en forma de cruz.

Este conjunto constituye por sí mismo un bello acierto conjugando el agua en forma de ría con las estatuas que, por ejemplo, figuran en el arranque de los puentes.

Después de la etapa filipense y herreriana, y pasados unos años de cierto abandono, los Reyes de la nueva dinastía, es decir, los Borbones, vuelven a enamorarse de este Real Sitio y lo enriquecen todavía más.

Es decir, no solamente le dan nueva prestancia al palacio sino que amplían enormemente los jardines. Y con esto aparecen nuevos nombres como el arquitecto Santiago Bonavia, que realizó la disposición de la bellísima plaza de San Antonio, o como Hubert Dumandré y Esteban Bouteloué, Santiago Bussó y otros, que reunían al talento de decoradores los de arquitecto y jardinero.

La verdad es que estos hombres concibieron en primer lugar el parterre que antecede a la fachada posterior del palacio, parterre a la francesa de bello diseño y trazaron al mismo tiempo las grandes avenidas que luego constituirían la ciudad cortesana que fue en principio Aranjuez y que desgraciadamente ha ido perdiendo este carácter desde que los monarcas dejaron de considerar este sitio como suyo y de frecuente residencia.

La verdad es que entonces con esta ampliación nace también el Jardín del Príncipe, un jardín menos ordenado, menos rígido que el de la Isla, pero no obstante ornamentado por fuentes de una gran belleza y por puertas y pabellones de Juan de Villanueva o de Isidro González Velázquez. Realmente es este maestro el que realiza en este tiempo la prodigiosa Casita del Labrador, uno de los palacetes más delicados del neoclasicismo español.

Y Aranjuez persiste, aunque no con el boato y la brillantez que tuvo durante la época de los Austrias y de los primeros Borbones. Este oasis de la naturaleza tiene por sí mismo la facultad de ser algo único, como hemos dicho en un principio, en la sedienta Castilla, y así fue sorpresa para todos; sorpresa para un viajero conocido como el «pelegrino» curioso que tanto se admiraba de los grandes árboles que allí existían.

Comentó nuestro «pelegrino» la altura de los árboles, «que eran tan del gusto de nuestro rey y que forman verdaderas arboledas de olmos, sauces, álamos, naranjos, cedros, limoneros y toda una serie de especies arbóreas. Entonces el pelegrino sin duda creía que Su Majestad había querido retratar y hacer en Aranjuez lo que nuestros padres perdieron en el Damasceno».

En fin, esto quiere decir que Aranjuez en sí mismo es una sorpresa, una sorpresa por la abundancia de las aguas, que incluso Felipe II quiso asegurar todavía más creando el embalse del Mar de Ontígola, para que no fallaran en ninguna medida los plantíos. Pero además de ser un Sitio o un jardín o un conjunto sorpresivo, era también un conjunto amenazado, es decir, el río Tajo, padre de Aranjuez, era también a veces un padre iracundo que se desbordaba. En un tiempo en que nuestros ríos no estaban tan regulados como están ahora, que se han

convertido en verdaderos ríos amaestrados. Por eso el Tajo muchas veces con crecidas inesperadas, amenazaba gravemente a estos jardines. De ahí que hubieran de hacerse en torno al palacio, al canal del Jardín de la Isla y en otros lugares, verdaderas obras de contención para evitar el desbordamiento de las aguas. Por eso, como digo, Aranjuez, en cuanto jardín, es un jardín sorprendente por su naturaleza y amenazado por el río, que por otra parte le da vida y esplendor.

Río que, en periodos mansos y apacibles, servía de ameno paseo a los monarcas y sus cortesanos en preciosas falúas o embarcaciones reales, que el curioso viajero no debe dejar de visitar.

Como jardín del siglo XVII, no podemos olvidar los jardines del Buen Retiro de Madrid, origen del parque de este nombre que es hoy orgullo de Madrid. Pero como las transformaciones de los viejos jardines han sido tantas la correr del tiempo, tenemos que recurrir al Plano de Texeira de 1656, para darnos cuenta de lo que eran estos primitivos jardines.

Ocupaban una enorme extensión de terreno, que se ordenaba como un predio agrícola, basado en la explotación de plantaciones arbóreas. Para recorrer este terreno se disponen una serie de avenidas, calles o paseos que cuando se cruzan o convergen forman glorietas. Un amplio estanque capaz para toda clase de naumaquias o juegos náuticos está rodeado de Ermitas. La de San Antonio está en una isla en medio de un estanque polilobulado.

Pensamos si sería así el terreno de un cortijo olivarero de Andalucía, pues el creador del Palacio del Buen Retiro y sus jardines era andaluz y sevillano de buena cepa, el Conde Duque de Olivares.

Si vamos persiguiendo al agua en sus diversas apariciones jardinerías, hora es ya de que lleguemos a aquel lugar donde el agua rompe en una caudalosa orgía de surtidores, cascadas, rías, lagos y embalses.

Felipe V, el primer borbón que reinó en España, no se encontraba a gusto en el tétrico Alcazar de los Austrias, lleno de sombras lúgubres e imaginarios fantasmas. Tampoco el Palacio del Buen Retiro, con su aspecto de cortijo improvisado, era el solio de una monarquía que quería imitar la de Versalles.

Mientras tanto el Rey en sus correrías de caza huyendo de Madrid había pasado por Valsain, el palacio de Felipe II ya abandonado, y había descubierto una vieja hospedería de monjes jerónimos de la que se enamoró por la frondosidad y por las claras y abundantes aguas que descendían de las faldas de Peñalara, y allí decidió hacerse un palacio que sería refugio en sus horas de reposo y melancolía.

Adquirió la hospedería y terrenos adyacentes y encargó un modesto palacio al arquitecto Teodoro de Ardemans de ascendencia alemana pero hijo de Madrid y seguidor de Pedro de Ribera como arquitecto. El palacio salió de sus manos como un pequeño alcázar castizo y muy español con cuatro torres y sendos chapiteles. Luego vino la colegiata avanzando sobre la fachada de poniente, también muy madrileña donde se enterraron más tarde Felipe V y su esposa. Acaso esto le bastaba al Rey con el añadido de unos jardines, pero la Reina, Isabel Farnesio, buscaba algo más. Amplió considerablemente el Palacio, ordenó nuevas fachadas en las que intervinieron Andrea Procacini y Sempronio Subisati, tanto arquitectos como pintores y decoradores y el mismo Juvara, que proyectó la grandiosa fachada de Levante que por su muerte prematura tuvo que construir Juan Bautista Sachetti que por aquellos años construía también el nuevo Palacio Real de Madrid.

Pero lo verdaderamente espectacular fueron los jardines que emprendieron Renato Carlier, discípulo de Robert de Cotte, y Étienne Boutelou. Al morir Carlier en 1722 le sucede Boutelou y Esteban Marchand, también, franceses, sin olvidar el importante papel que juegan los escultores Renato Fremin, Thierry, Bousseau y más tarde Huberto Dumandré.

Como es notorio, todos estos artistas de nacionalidad francesa no podían regalarnos sino una muestra más del arte de Le Notre que primaba sobre toda Europa.

Si bien en La Granja no podían lograrse las perspectivas dilatadas de Versalles, Vaux-le-Vicomte, Marly o Saint Cloud, porque se oponía a pocos metros del palacio la agreste montaña, los jardineros hicieron prodigios para obtener vistas muy espectaculares como la de la gran cascada que arranca del parterre de levante y termina en un gracioso pabellón al que antecede la bella fuente de las Tres Gracias.

En otra disposición, pero con no menos gallardía, se suceden los estanques de la llamada carrera de caballos, que ven surgir de las figuras emblemáticas airoso surtidores. De la fuente de Andromeda nace una ría que contornea el jardín de la Selva.

En la Granja el agua fluye por todas partes, se desliza en las escalas marmóreas de las cascadas, se remansa en estanques donde piafan los caballos marinos del dios Neptuno, suben en surtidores grandiosos hasta las alas del Pegaso donde cabalga la Fama, desbordan los tazones que animan el «bufete» de los Baños de Diana y en suma son el constante protagonista de esta fiesta del agua.

En ningún lugar como en La Granja el esplendor del agua ha llegado a punto tan alto.

Ahora, tras un breve descanso, vamos con el capítulo FUENTES. Hasta ahora hemos tratado, principalmente, de como el agua se comporta en los jardines, y, mencionado al paso diversas fuentes que son parte, a veces esencial, de los mismos.

Pero ahora vamos a tratar de las fuentes por si solas y, sobre todo, como elementos significativos del paisaje urbano. Toda ciudad que se respeta tiene a gala poseer una colección de fuentes que son como las condecoraciones más preciosas que puede lucir sobre su pecho, es decir sobre sus plazas, calles, compases o encrucijadas.

Ninguna ciudad europea supera en esto a Roma, la ciudad eterna, que podríamos llamar la ciudad de las fuentes por las muchas e ilustres que la adornan y en las que se ilustraron los mejores arquitectos y escultores del barroco.

Son famosas la Fontana de los Ríos, coronada por un obelisco en la Piazza Navona frente a Santa Agnese, obra de Bernini; la del Tritone en la piazza Barberini del mismo autor; la de la tortugas de Giacomo de la Porta; la fastuosa de Trevi, obra de Nicolo Salví; el Acqua Paola en Vía Garibaldi, en el Pincio, de Flaminio Ponzio, de la Fuente de la Barcaccia en la Plaza de España; la Fontana del Acqua Felice con su gran estatua de Moisés; las bellas fuentes del Maderno en la plaza de San Pedro y tantas y tantas que harían interminable la serie. Además las fuentes de Roma se encuentran en los emplazamientos originales, donde las dispusieron los pontífices en su época y por supuesto en el centro mismo de la urbe.

Madrid pudo llegar a ser una ciudad celebrada por sus fuentes, pues la tuvo magníficas y emplazadas en lugares muy significativos de la ciudad. Pero ha sucedido que muchas han desaparecido y otras se han trasladado a lugares lejanos, parques del extraradio o sitios más lejanos, con lo que aquellas nupcias de la ciudad con el agua, que habían sido estrechas y entrañables, se fueron desvaneciendo poco a poco.

Entre las fuentes antiguas destacaba la monumental fuente de la plaza de la Cebada, obra de Alonso Cano, algunos de cuyos fragmentos se conservan en la llamada Fuentecilla en la Calle de Toledo. En la puerta del Sol lucía la barroca fuente de la Mariblanca, luego hubo un enorme pilón que llamó la atención de Edmundo de Amicis y ahora dos fuentes anodinas en torno a la estatua ecuestre de Carlos III.

No ha desaparecido la fuente de la Fama de Pedro de Ribera, pero de la Plaza de Antón Martín, que tanto la dignificaba, se ha trasladado a un rincón desabrido junto al Museo Municipal. En cambio, ha desaparecido totalmente la que diseñó Juan Bautista Sachetti para

la Plaza de la Villa. La bella fuente de los Galápagos, hoy en el Retiro, estuvo en la Red de San Luis y debería volver a ella, pues en el Retiro no añade nada y en punto tan congestionado de Madrid como la Red de San Luis, pondría una nota de frescura y de imaginación en la sequedad del ambiente. Otro destierro injustificado a una fuente muy bella de Madrid, es la del Obelisco de la Castellana, obra de Mariategui. Es una fuente neoclásica que termina en una columna que hace las veces de obelisco. Estuvo en el Paseo de la Castellana donde ahora se encuentra el monumento a Emilio Castelar, luego fue a la llamada Plaza de Roma, en la calle de Alcalá en su intersección con las Rondas y ahora por último se encuentra en el Parque de la Arganzuela, perdida y olvidada de todos. Merecería un lugar digno de Madrid, como la Plaza de Santo Domingo, si algún día se hace desaparecer o se sepulta el antiestético aparcamiento de automóviles.

Para gloria de Madrid, nos quedan las magníficas fuentes del paseo del Prado, obra del genio de Ventura Rodríguez. Él las proyectó en unos espléndidos dibujos que, gracias a Dios, se conservan. Luego recabó los mejores escultores de la época, Manuel Álvarez, Roberto Michel o Francisco Gutiérrez para que modelaran las esculturas. Las tres principales son las de Cibeles, diosa de la tierra, la de Neptuno, dios del mar y la de Apolo y las musas.

Las cuatro fuentes forman en su conjunto una bella glorieta alegrada por el agua y la de la Alcachofa, emigró al Retiro. Lo curioso es que esta creación urbana, que fue el Salón y Paseo del Prado espléndidamente ornamentada por sus múltiples fuentes, fue consecuencia del Motín de Squilache. Tras la destitución de los ministros italianos de Carlos III, como Grimaldi o Squilache, el Conde de Aranda, nuevo ministro, quiso congraciarse con el pueblo de Madrid, ofreciéndole como regalo este bello Paseo. Se vuelve a cumplir el dicho de que «no hay mal que por bien no venga».

Gracias a esta dádiva del Conde de Aranda, Madrid cuenta con las mejores fuentes de su mermado repertorio.

He dicho.